

**EL LABERINTO
DEL ESCRITOR**

Leilac Leamas

© 2024 OCTÁVIO VIANA | SILENT PEN ®
EL LABERINTO DEL ESCRITOR

Publicado en EE.UU.

Primera impresión 2024 (1ª Edición)

Referencia interna SP2024.018 17.11.2024 21:33

Revisión de texto en español: Rosa M. Araujo

silentpenltd@gmail.com

Reservados todos los derechos. Queda prohibida la reproducción, distribución o transmisión total o parcial de esta publicación, en cualquier forma o por cualquier medio, incluidos el fotocopiado, la grabación u otros métodos electrónicos o mecánicos, sin la autorización previa por escrito del editor, salvo en el caso de citas breves incluidas en análisis críticos y otros usos no comerciales permitidos por la legislación sobre derechos de autor.



*Para los escritores de sus propias vidas,
No meros espectadores,*

Este libro está dedicado a los temerarios que se enfrentan a las complejidades de la vida escribiendo sus propios destinos. A aquellos que se adentran en los laberintos de los desafíos, no como meros observadores, sino como arquitectos de su destino. A aquellos que comandan sus narrativas y encienden las antorchas del cambio para todos los que los siguen.

Prólogo

Sicilia en invierno tiene un encanto propio. Los turistas huyen, dejando tras de sí una belleza cruda que resuena en mi alma. Cerca de Scopello, las playas están desiertas, como un reino no reclamado que espera a su soberano. Aquel día visité la casa perfectamente situada al borde del acantilado, con vistas a la vasta extensión del Mediterráneo. El sol jugaba con las sombras, proyectando serenos dibujos sobre las paredes descoloridas y pastel. Deseaba esa casa desesperadamente. Pero había aprendido en mi profesión que la desesperación es un aroma fácilmente detectable y explotable.

Recorrí las habitaciones con un entrenado desinterés, tocando ligeramente las superficies, apenas echando un vistazo a la vista que sin duda se me había vendido muchas veces. La agente inmobiliaria, una mujer mayor con el pelo blanco como ondas espumosas, hablaba sin cesar de las reformas y del valor histórico. Yo asentía distraído, calculando, siempre calculando.

Cuando salí a la terraza de piedra, respiré hondo. El aire era una mezcla del *rocío* salado del mar y del frío mordisco del invierno. Por un momento, me sentí en paz, imaginando mi futuro en aquella casa perfecta.

Sentí una presencia detrás de mí y el corazón me dio un vuelco de expectación. Me di la vuelta lentamente, con una sonrisa ya formándose y la emoción creciendo en mi interior. Aquella era la

persona con la que quería compartir aquel momento, la única que entendería el significado de aquel lugar.

“¿No es precioso?” Empecé, las palabras casi saliendo, pero algo me hizo dudar. El silencio se hizo pesado y me di cuenta de que algo iba mal. Mi sonrisa vaciló un poco y me di la vuelta por completo, esperando un rostro familiar, una presencia reconfortante.

Pero la sonrisa se congeló y luego tembló. Delante de mí no estaba la persona que esperaba. En cambio, era un hombre de rasgos brutos pero regios, como un personaje de una película de mafiosos. Su traje negro era impecable, su camisa abierta dejaba ver un collar de plata con la imagen de San Miguel. El santo, el protector, parecía casi burlón en aquel contexto.

La realidad me golpeó como una ola de frío y la apacible visión de mi futuro se hizo añicos en un instante.

“Leilac,” dijo, su voz aguda como el acero. “Tienes una deuda que pagar y ahora, con intereses. Hemos hecho el trabajo y no nos importa si te sigue siendo útil.”

1

Deudas del laberinto

Palermo, Sicilia

El billete que tenía en la mano era de un rosa pálido, casi suave contra el frío cortante de noviembre que penetraba en Palermo. “Le Grand Macabre,” decía con letra delicada, junto con una fecha: 24 de noviembre de 2024. Escenario Bellini. Teatro Massimo.

Me quedé mirándolo un poco más de lo que debía, sabiendo perfectamente que la ópera que me esperaba dentro era el menor de mis problemas. Doblé la entrada con cuidado y me la guardé en el bolsillo. Frente a mí, el Teatro Massimo se erguía como una magnífica reliquia de otro tiempo, con su fachada bañada por el resplandor de las farolas, dominando la Piazza Verdi. La grandiosa escalinata se extendía hacia el cielo. Los peldaños de mármol, desgastados por el tiempo y las pisadas de innumerables almas, brillaban bajo los pies de la élite palermitana, todos con joyas brillantes y trajes bien cortados, mientras ascendían como si tuvieran un derecho divino a estar allí.

La multitud era exactamente como cabía esperar: la alta sociedad y la gente que pretende pertenecer a ella. Mujeres envueltas en seda y pieles, hombres con solapas impecables y un aire de ensayada

indiferencia *sprezzatura*. No pude evitar sonreír mientras miraba mi Montblanc 19h53. Casi puntual.

Me ajusté la chaqueta, un traje oscuro y elegante, de los que reservo para las reuniones en las que las apariencias importan más que lo que se dice. El tipo de público en el que todo el mundo entendía las reglas sin tener que explicarlas. Respirando hondo, me dirigí a la entrada, con el suave sonido de mis zapatos contra los adoquines.

El primer peldaño de la escalera de mármol me resultó pesado. Me detuve brevemente, como si la noche misma contuviera mi respiración. Fue entonces cuando reparé en ellos. Flanqueándome como sombras, dos hombres con trajes negros, impecables pero extraños en cierto modo. Los trajes no estaban mal cortados, no, les sentaban como un guante. Pero eran los propios hombres. Sus rostros tenían las líneas duras de los hombres que han recibido demasiados golpes en la mandíbula y repartido el doble. Boxeadores, o al menos lo habían sido en otro tiempo. Ahora eran otra cosa. Músculos.

Uno de ellos se inclinó lo suficiente para dejar claro que no estaban allí para preguntarme por mis planes para esa noche. “Sr. Leamas, le agradeceríamos que nos acompañara.”

Enarqué una ceja, más por costumbre que por sorpresa. “Agradecían, ¿verdad?”

El más alto, de mandíbula cuadrada y ojos que parecían capaces de romper hormigón, no sonrió. “Por aquí.”

Levanté la vista hacia el Teatro Massimo. El edificio era grandioso, incluso regio, pero en Palermo nada era tan limpio como parecía. Ni el teatro, ni la ópera y, desde luego, ni la gente que tenía delante. Por mucho que me guste una buena *representación*, parecía que esta noche tenía que interpretar un papel que no figuraba en el programa.

“Guíenme, caballeros,” dije, forzando una sonrisa. Después de todo, ¿qué era lo peor que podía pasar?

Cuando me condujeron al Escenario Bellini, la tensión del momento se apoderó de mí con una intensidad palpable. No se trataba de un palco cualquiera del Teatro Massimo; el Escenario

Bellini, con sus 25 metros cuadrados de espacio para espectadores y otros 25 para socializar, era un santuario de exclusividad, cuya entrada estaba reservada únicamente a los miembros del antiguo Club Bellini. Dentro, el ambiente era una mezcla de opulencia y antigüedad. Doce sillas antiguas, tapizadas en tela roja descolorida y apagada por el paso del tiempo, tenían una especie de decadencia digna.

Acomodado en una de estas reliquias, asimilo la grandeza del teatro, una obra maestra arquitectónica que se siente a la vez como la joya de la corona del patrimonio siciliano y el testigo de sus relatos más oscuros. Mi mirada se desvió hacia el reloj: las 8.01. Como si fuera una señal, las luces empezaron a atenuarse, indicando el comienzo de la ópera. Fue entonces cuando entró él.

“*Signor Leilac, benvenuto,*” resonó una voz llena de familiaridad y autoridad.

Me giré y reconocí al hombre al instante: el *capo* de nuestro último e inquietante encuentro en el Grand Hotel et des Palmes. A diferencia de sus secuaces uniformados de negro, llevaba una camisa blanca inmaculada bajo un traje bien confeccionado, un llamativo contraste que parecía subrayar su autoridad.

Le acompañaban dos mujeres que encarnaban la belleza italiana. La primera, de cabello castaño y ojos como aceitunas oscuras, fue presentada por el *capo* como Isabella. Su compañera, más alta e imponente, con una melena de rizados rojos, se llamaba Valentina.

“*Buonaserà,*” les saludé primero, la cortesía dictando la secuencia a pesar de la tensión. Dirigiéndome al *capo*, añadí: “Gracias por la invitación. Es una invitación imposible de rechazar.”

Su débil sonrisa no le llegaba a los ojos.

“Esta ópera trata sobre la muerte, el absurdo y la condición humana. Seguro que les gustará. Por favor, siéntense. La ópera está empezando.”

Mientras la surrealista partitura de Ligeti llenaba el ambiente, la mirada de Isabella se clavó en mí, curiosa o calculadora, no sabría decirlo. La ópera, “Le Grand Macabre,” reflejaba lo absurdo de mis propias circunstancias, una grotesca danza con el destino coreografiada por la Cosa Nostra.

Durante el clímax de la ópera, cuando Nekrotzar, el heraldo del Apocalipsis, proclamó el fin del mundo, el *capo* se inclinó hacia él. Sus palabras, pronunciadas *en un sotto voce* que apenas se elevaba por encima del *crescendo* de la orquesta, tenían un tono escalofriante.

“¿Te estás divirtiendo?” Su tono sugería una oscura diversión, como si anticipara mi propia catástrofe personal.

Se inclinó más cerca, con su aliento marcado por el aroma de los cítricos sicilianos, y murmuró: “Tu deuda conmigo crece a un interés compuesto del cien por cien mensual.”

La declaración sonaba a sentencia de muerte, un sombrío recordatorio del escenario de tablero de ajedrez en el que un comienzo aparentemente benigno podía conducir a un final abrumador. Una deuda de un millón de euros se inflaría a más de mil millones de euros al cabo de sólo 12 meses.

Recordé la vieja historia del sabio y el rey con el tablero de ajedrez. Lo que había empezado como una simple petición se había convertido en una deuda imposible, reflejando mi propio dilema con este *capo* siciliano.

Cuenta la leyenda que un sabio regaló a un rey un tablero de ajedrez bellamente trabajado. Impresionado por la belleza del regalo, el rey ofreció al sabio cualquier recompensa que deseara. En lugar de oro o tierras, el sabio pidió algo aparentemente modesto: que el rey colocara un solo grano de cereal en la primera casilla del tablero, dos en la segunda, cuatro en la tercera, y así sucesivamente, duplicando el número de granos en cada casilla sucesiva.

Al principio, el rey se rió, considerando trivial la petición del sabio y accediendo de buen grado. Sin embargo, cuando los sirvientes del rey empezaron a colocar los granos según las especificaciones del sabio, la verdadera naturaleza de la petición se hizo evidente. Cuando llegaron a las casillas centrales del tablero, la cantidad de grano requerida había crecido exponencialmente, hasta alcanzar enormes cantidades que ponían al límite los recursos del reino.

En la plaza 64, la cantidad de grano necesaria era astronómica, muy superior a la capacidad de suministro del rey. El reino se enfrentaba a la ruina bajo el peso de esta petición engañosamente

simple, una petición que se hacía eco del crecimiento exponencial de mi propia deuda con el *capo*.

Al terminar la ópera, el *capo* se puso un abrigo ligero, adecuado para el frío de 12 °C que hacía fuera. Uno de sus hombres me entregó una memoria *USB*.

“Completa esta misión con éxito y tu deuda será saldada,” dijo claramente, lanzándome un salvavidas con un toque de desdén.

A solas con el *bolígrafo* en la mano, el peso de lo que se me había pedido que hiciera se cernía sobre mí. Cuando el *capo* y su séquito desaparecieron, fui el último en marcharme, reflexionando sobre la naturaleza de la misión que podría liberarme o enredarme aún más en la red de la Cosa Nostra.

Sentí la emoción familiar de un escritor no en una historia corriente, sino quizá en el primer capítulo de mi tercer libro, una narración encubierta bajo la apariencia de un pseudoescritor, un *personaje* que había creado para proteger mi verdadera misión. Cada latido de mi corazón era un tictac de la máquina de escribir, cada respiración una palabra registrada en el manuscrito clandestino de mi vida, donde mi pluma era más poderosa que nunca. Estaba haciendo algo más que escribir una historia: la estaba viviendo, cada decisión era un *giro* argumental, cada consecuencia un *cliffhanger*. No era sólo un personaje de mi libro, sino el autor de mi propio destino, esforzándome por liberarme de las profundidades del laberinto en el que me había adentrado.

2

La ilusión del sombrero de Panamá

Lucca, Italia

Exactamente a las tres de la tarde aterricé en el pequeño aeropuerto internacional Galileo Galilei de Pisa. En cuanto las ruedas tocaron el suelo, encendí el móvil. El sonido familiar de un correo electrónico entrante me saludó: un mensaje protegido por ProtonMail, un servicio que se enorgullece de su cifrado de extremo a extremo, sin registros de IP, y que tiene su sede en Suiza, una fortaleza de las leyes de privacidad: perfecto para comunicaciones sensibles.

El correo electrónico de Toscin detallaba mi alojamiento: “Grand Universe Lucca, Piazza del Giglio 1, 55100 Lucca, Italia.” Preciso, como una miga de pan en un laberinto, el mensaje insinuaba el siguiente *giro de* una trama que se complicaba por momentos.

Inmediatamente llamé a Toscin desde mi Bittium Tough Mobile 2 C.

“Hola Toscin,” dije en cuanto se conectó la llamada.

“Me alegro de saber de ti. Has quedado con Vittorio Rossi en Lucca a las 17.30. *Caffetteria Turandot*, Piazza San Michele, Lucca. Es el abogado implicado en el acuerdo con el AC Milan a partir de 2022,” me informó Toscin con eficiencia.